

CONSTRUIR LA MEMORIA HISTÓRICA PARA EL FUTURO

ENRIQUE PÉREZ-ARIAS
Dr. en Antropología
Universidad de Lund, Suecia
enrique.perez.arias@telia.com

Ensayo aceptado el 12 de julio de 2023.

Cómo citar este ensayo:

Pérez, E. (2023). Construir la memoria histórica para el futuro. *Revista Palabra y Razón*, 23, pp. 219-239. <https://doi.org/10.29035/pyr.23.219>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

1. Introducción

El poeta Gonzalo Millán escribió el poemario *La ciudad* en su exilio en Quebec en 1979 que, con algunas pequeñas correcciones, fue reeditado en Santiago en 1994. El libro en su conjunto es como una radiografía de la dictadura cívico militar que gobernó Chile desde 1973 a 1990. En el poema 48 Millán expresa y refleja la nostalgia y la melancolía que despierta el pasado en su vida de exiliado. Es un poema desgarrador puesto que se plantea una tarea imposible: volver atrás en el tiempo, a la vida anterior al cruento golpe militar; volver a la normalidad de una sociedad civilizada. En sus últimas líneas escribe Millán:

Regresan aviones con refugiados.
Chile es un país democrático.
Las fuerzas armadas respetan la constitución.
Los militares vuelven a sus cuarteles.
Renace Neruda.
Vuelve en una ambulancia a Isla Negra.
Le duele la próstata.
Escribe.
Víctor Jara toca la guitarra.
Canta.
Los discursos entran en las bocas.
El tirano abraza a Prat.
Desaparece.
Prat revive.
Los cesantes son recontratados.
¡Los obreros desfilan cantando venceremos! (1979, p 86)

Estas líneas expresan nostalgia, pero también con su frase final manifiesta el significado profundo del proyecto de sociedad impulsado por el presidente Salvador Allende y el programa de la Unidad Popular (UP). Esta nostalgia es lo que Zygmunt Bauman (2017) denomina como retrotopia; que ante la falta de utopías que nos permitan mirar hacia adelante, miramos entonces hacia atrás intentando encontrar imágenes positivas para solventar la pérdida.

Ese sentimiento de quebranto también existe en amplios sectores de la sociedad chilena desde el mismo 11 de septiembre de 1973. Según la psicóloga Elizabeth Lira, en el registro civil hay inscritos la cantidad de 26 000 muertos entre septiembre de 1973 y enero de 1974 (Podcast “Hay algo allá afuera”, abril 2023). Una cifra escalofriante. La gran mayoría corresponde a ciudadanos del sector rural, no necesariamente militantes de los partidos de izquierda, pero sí de personas que querían una vida mejor. Sus nombres quedaron en el olvido. No están en los registros oficiales de la Comisión Rettig.

El sentimiento es también notorio en los cientos de miles de chilenos que estuvieron comprometidos en el proceso de cambios democráticos y en la construcción de una nueva sociedad durante el periodo de gobierno de la UP, 1970-1973. Los trabajadores que por primera vez fueron convocados a ser parte de la construcción de una nueva sociedad y de una Nación incluyente.

También y de manera especial el sentimiento de pérdida lo poseen los familiares de detenidos desaparecidos que hasta el presente no han obtenido ninguna respuesta de qué ocurrió con sus familiares y dónde están sus restos. Este pesar de los familiares es permanente. No concluye. A 50 años del golpe militar, como sociedad estamos inmersos en un desgarramiento que no se supera. Los vencedores siguen festejando. El pueblo de izquierda sigue recordando. Para Enzo Traverso:

La memoria de la izquierda es un continente enorme y prismático hecho de victorias y derrotas, mientras que la melancolía es un sentimiento, un estado de ánimo y un campo de emociones. Así, el hecho de concentrarse en la melancolía de izquierda implica necesariamente ir más allá de las ideas y los conceptos (2019, p 14. Edición digital).

La melancolía de izquierda a la cual se refiere Traverso no sólo evoca las derrotas, sino que también las victorias del socialismo. Los fracasos siempre se alimentaron de las conmemoraciones heroicas en el avance del socialismo hacia un futuro mejor. En nuestra época evoca un pasado que no existe más, que se derrumbó con la caída del muro de Berlín en 1989 y la caída del socialismo burocrático de estado en 1992. La izquierda clásica heredera de la revolución de octubre en Rusia en 1917 quedó entonces a la intemperie, sin refugio y sin expectativas. Se hundió.

De allí que el vector que va desde el golpe militar en Chile en 1973 al derrumbe del socialismo en 1992 afectó al conjunto de la izquierda mundial y, por ende, a la chilena, que quedó a la deriva. La conclusión de Traverso es que la izquierda no sacó las lecciones de esa derrota histórica y, a falta de utopías, surge la melancolía junto con una especial categoría de memoria histórica que ya no encontrará más referentes políticos en el pasado.

Sin embargo, la melancolía también puede ser gatilladora de recuerdos que permitan recuperar la historia y proyectarla al futuro. Revisar esa historia es difícil, puesto que debe hacerse en medio del dolor, del recuerdo de otros tiempos sociales colectivos sepultados por los cambios estructurales de un mundo neoliberal globalizado que pone la atención en la realización personal. Al mismo tiempo es una tarea necesaria para poder vislumbrar un camino alternativo al modelo dominante de sociedad. No

podemos retroceder el tiempo, como en el poema de Millán, pero podemos reflexionar ubicando los acontecimientos en su contexto histórico para analizarlos críticamente.

Esto implica además una dosis de autocritica, de reconocimiento de la historia de un fracaso para la izquierda chilena. Traverso lo dice así en la introducción de su libro: “Ni regresiva ni impotente, esa melancolía de izquierda no debería eludir el peso del pasado. Es una crítica melancólica que, a la vez que está abierta a las luchas en el presente, no evita la autocritica respecto de sus propios fracasos pasados” (2019, p 15). Haciendo uso de la autocritica debemos evitar quedarnos solamente con las imágenes heroicas de la historia o, por el contrario, con las lamentaciones de la derrota. Por este motivo se debe repensar, revisar los acontecimientos históricos de una manera crítica. Este objetivo me propongo realizarlo con el análisis sucinto de los 1000 días de gobierno popular y las intervenciones del presidente Salvador Allende desde la sede de gobierno La Moneda el mismo 11 de septiembre de 1973.

2. El júbilo de la victoria y el preámbulo de la confrontación

Siguiendo a Tomás Moulian, los 1000 días del gobierno de la UP se pueden dividir en tres periodos: “El gobierno de la Unidad Popular, fue a la vez fiesta, drama y derrota” (1993, p 66). Para el efecto de mi análisis es importante dividir esos periodos cronológicamente. La fiesta dura desde la elección en septiembre de 1970 y fines de 1971. A pesar de las incertidumbres de las primeras semanas, después de ser elegido democráticamente Allende, gran parte de la población chilena esperaba con enormes expectativas el nuevo gobierno.

Agustín Edwards, dueño del diario *El Mercurio*, viajó a Washington el 14 de septiembre a activar el plan golpista que va a organizar el gobierno norteamericano y la CIA. Esto explica el asesinato del general René Schneider por extremistas de derecha el 22 de octubre de 1970 para propiciar un golpe militar. El plan golpista fracasa puesto que el atentado fue una operación militar apresurada y los conspiradores se replegaron en desbandada, como explica Verdugo, (2003).

El Congreso ratificó, con los votos de los parlamentarios de la Democracia Cristiana (DC), a Allende como presidente. Entonces EE.UU., el gobierno de Richard Nixon con su ministro del exterior Henry Kissinger a la cabeza, prepararon un plan de largo alcance para boicotear la economía chilena y agitar a los militares (Furci, 2008; Magasich, 2020).

Una vez que asume el gobierno de la Unidad Popular se implementa rápidamente el programa de las 40 medidas básicas. Estas contienen el medio litro de leche diario a todos los niños, el incremento de los salarios mínimos y las jubilaciones, la distribución de millones de ejemplares de textos básicos para los escolares. En enero y febrero de 1971, el tren popular de la cultura recorrió el sur del país llegando a pueblos y ciudades donde los trabajadores nunca habían tenido la posibilidad de presenciar actos musicales y culturales. Luego se impulsó la editorial *Quimantú* que publicó millones de ejemplares de la literatura chilena. El gobierno también disolvió al grupo móvil de carabineros encargado de la represión a las manifestaciones populares. Mas aún, una tras otra se fueron sucediendo las medidas que permitieron la expropiación de industrias, la nacionalización de la Banca y de los recursos naturales como el carbón, el petróleo y el cobre. El programa económico consultaba la creación de un área de propiedad social de las grandes industrias estratégicas para la economía del país, que en 1971 la componían 146 grandes empresas. En manos del Estado quedaba el 85% de las exportaciones. La aplicación de la reforma agraria se profundizó y al año 1972 llegó al 40% de la tierra productiva. Los resultados macroeconómicos fueron espectaculares. Mejoraron todas las cifras el crecimiento del producto, la baja de la desocupación y la inflación, el alza de los salarios (Corvalán, 2003; Quiroga, 1989).

La población pudo ver los cambios en forma concreta. Esto se tradujo en las elecciones municipales de marzo de 1971 donde los partidos de la UP lograron el 50,86% de los votos. El partido socialista (PS) logró un 22,89% y el partido comunista (PC) 17,36%. Es decir, juntos obtuvieron un poco más del 40% de los votos de la izquierda. Cifras históricas. Hasta ese momento, de las elecciones de marzo, todavía es posible un acuerdo más sustancial con la DC. La Derecha, el partido nacional, constata que la vía electoral no le favorece. Está sin rumbo. No tiene una estrategia clara después de haber fracasado en impedir la ascensión de Allende.

El 11 de julio de 1971, el congreso -con la ausencia de los 42 parlamentarios de derecha- aprobó la reforma constitucional que nacionalizaba el cobre. El presidente en su discurso en Rancagua lo declaró como 'El día de la dignidad nacional'. Entonces se hizo una expropiación sin indemnización. La nacionalización del cobre fue el primer gran conflicto abierto con las empresas y el gobierno norteamericano.

No fue sólo la acción del gobierno lo que provocó entusiasmo en los sectores populares. Las batallas políticas y la confrontación de intereses de clase adquirieron expresiones muy concretas. El gobierno y los partidos de la UP fueron sobrepassados por una enorme movilización de

los trabajadores que se tradujo en un alza de las huelgas legales de 977 en 1969 a 3526 en 1972 (Gaudichaud, 2022, p 231). Los trabajadores previeron una oportunidad histórica de poder conquistar mejorías salariales y de su calidad de vida. Entonces se profundizó la reforma agraria más allá del programa de gobierno; también en las ocupaciones de terrenos a lo largo de todo el país para construir viviendas, y movilizaciones de los estudiantes a favor de conseguir mayor financiamiento universitario. Hubo una gran movilización de grupos que no tenían una representación política definida pero que si se sentían motivados por el proceso y que se fueron politizando en la práctica. Fueron los pobres del campo y la ciudad que se convirtieron en una fuerza social importante en la estrategia política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). No se les podía ignorar.

Para la izquierda, a mediados de 1971, era el momento clave para seguir avanzando en los cambios estructurales, institucionales y de fortalecimiento del poder popular. La coyuntura era favorable para organizar a los trabajadores en las empresas estatales y se hiciesen cargo de la producción y de la administración de las empresas del área de propiedad social. No obstante, no había ninguna claridad sobre este tema y rápidamente se manifestaron conflictos entre los interventores nombrados por el gobierno y algunos sindicatos. Éste era el momento para organizar el poder popular que estaba propuesto en el programa de gobierno; sin embargo, tampoco existía ninguna idea acerca de las formas y de su significado.

Es en la sociedad, en el mundo social y laboral, en las poblaciones y en los fundos donde finalmente reside el poder para mantener y fortalecer los cambios. Sin embargo, el proceso de transformaciones es dirigido por la burocracia estatal y los técnicos y dirigentes de los partidos. La lucha política se jibariza en el parlamento, en las elecciones y en la actuación del gobierno. De igual modo en el poder judicial y en la mantención de las fuerzas armadas tranquilas asegurándoles obediencia. A mediados de 1971 también se pierde un momento clave para consolidar las reformas democráticas, impulsando un plebiscito y un cambio de la constitución. A partir de ese momento los conflictos se sucederán uno tras otro. La oposición irá aumentando las presiones, el boicot, el sabotaje, los atentados, e irá impulsando la alianza de todos los partidos de oposición. La DC será la niña mimada para atraerla a la reacción y finalmente legitimar el golpe militar.

La fiesta se empieza a acabar, aunque ese momento se sedimentará en la conciencia de la clase trabajadora que por primera vez se siente parte del país y en la construcción de una nueva sociedad; de ser escuchada y representada en su compañero presidente; de tener una identidad de clase

que defender y de sentirse parte de una nación. Esa realidad se transforma en el tiempo como si hubiera sido un sueño para los protagonistas de los sectores populares.

3. Comienza el drama

En medio de la ofensiva de la derecha y del sector patronal surgen discrepancias en la izquierda. El primer gran conflicto abierto en la izquierda se produjo en Concepción en junio de 1972. Las fuerzas de izquierda, el MIR y los partidos de la UP, llamaron a una asamblea del pueblo para denunciar el carácter ‘contrarrevolucionario del parlamento’. La asamblea reunió unas cinco mil personas y unas 139 organizaciones de trabajadores, pobladores, campesinos y estudiantes. Redactaron, tal como Amorós (2013) explica, un manifiesto con reivindicaciones y con la decisión de avanzar en la construcción del poder popular, mientras el PC se restó y calificó el llamado como “una maniobra de la reacción y el imperialismo” (p 414). Para el MIR, esta era la conexión para reagrupar a las corrientes revolucionarias con las clases revolucionarias con el fin de golpear los intereses de la clase dominante; promover un poder popular alternativo y remplazar el congreso por una Asamblea popular hasta lograr la ‘conquista del poder’. Para los partidos de la UP que participan en la asamblea se trataba de apoyar el programa de gobierno, el área social de la producción y la participación de los trabajadores en las empresas estatales. Allende calificó la asamblea y sus propuestas como “demagógicas, irreales, carecen de base alguna, un fenómeno artificial” (Amorós, p 415).

Ese mismo mes de junio, el secretario general del PC, Luis Corvalán, cambió el foco de atención y por primera vez habló del peligro de la guerra civil promovido por fuerzas de la extrema derecha y la extrema izquierda. A fines de 1972, la izquierda dividida perdió las elecciones a rector de la Universidad de Concepción. Lo mismo ocurrió en la Universidad de Chile. Es el momento de la división entre tres perspectivas diferentes para enfrentar a la oposición reaccionaria al gobierno popular: la de Allende y el PC de negociar el programa de cambios con la DC. La del PS y otros partidos de la alianza de gobierno de impulsar el poder popular para salvar los escollos y la del MIR que, por su lado, se plantea una salida revolucionaria.

A mediados de ese mismo año de 1972 por primera vez surge en la (DC) una estrategia que conducirá a la victoria de las fuerzas reaccionarias. Es el militante Claudio Orrego quien publica un artículo en la revista *Política y Espíritu* que explica “la estrategia de los mariscales rusos” para oponerse al gobierno y expone la coyuntura adversa del momento para la oposición y los pasos a dar para revertir la situación (Revista Política y Espíritu, N 322; p

13-19). Si bien la estrategia se basaba en un hecho real histórico como eran las batallas durante la invasión de la Alemania nazi a la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial, Orrego era clarividente para reflejar la situación política en Chile en 1971. El gobierno de la UP estaba a la ofensiva desde el momento de su instalación. Había logrado un respaldo mayoritario en las elecciones de marzo. Las medidas económicas daban resultado. La base de apoyo se ampliaba en el mundo popular y en sectores de la pequeña burguesía. Orrego estaba en lo cierto. La reacción estaba a la defensiva políticamente; no podían más que presentar escollos. El Moscú de la oposición al gobierno popular era la Constitución. Debían evitar por todos los medios que una asamblea constituyente redactara una nueva carta constitucional. Entonces comenzaron a preparar y a organizar la resistencia al gobierno.

En 1972, mientras la oposición comienza a actuar cada vez más en concomitancia, surgen las primeras grandes contradicciones en la alianza de gobierno entre dos modelos, dos estrategias que nunca se pondrán de acuerdo para operar en forma conjunta. En 1972 hubo dos cónclaves de la alianza de la UP y en el segundo de ellos en Lo Curro a fines de ese año, se esclarecieron dos estrategias: avanzar por etapas, ‘consolidar para avanzar’ del PC y la de ‘avanzar sin tranzar’ del PS (Furci, 2008; Salazar, 2011).

En palabras del secretario general del PS, Carlos Altamirano, esta última consigna se debía a que el gobierno había transado en diferentes áreas: el diálogo con la DC, la constitución del gabinete con generales y dirigentes de la CUT luego del paro patronal, en la devolución de empresas y del canal de televisión de la Universidad de Chile, la ley de control de armas y en su propio desafuero promovido por la derecha. Concesiones que ponían a la defensiva a la izquierda sin ninguna garantía de que la DC no siguiera conspirando para derribar al gobierno. La política de consolidar para avanzar propuesta por el PC ponía la atención en la economía, la inflación galopante, la falta de inversión por el boicot norteamericano, la necesidad de tranquilizar a la burguesía nacional impidiendo nuevas tomas y devolviendo algunas de las empresas tomadas por sus trabajadores y centrarse en aumentar la producción.

Empero, ninguna de las dos políticas tenía una hoja de ruta, una estrategia clara y definida. Se comenzaron a enredar en pequeñeces. Los árboles no les permitieron ver el bosque. Es llamativo que partidos marxistas leninistas con una larga experiencia histórica no estuviesen premunidos de mayores herramientas teóricas para cambiar su línea política, para plantearse la disputa por el poder o al menos actuar para defender los logros, las conquistas sociales alcanzadas por los trabajadores.

El drama es que ambas izquierdas se mantuvieron esquemáticamente dentro de sus propios modelos de análisis y de propuestas, sin considerar el cambiante escenario en que se desarrollaba la catástrofe. Mientras que la oposición golpista estaba decidida a llevar sus planes a cabo hasta las últimas consecuencias.

4. La tragedia se avecina

La elección parlamentaria en marzo de 1973 fue un fiasco para las pretensiones de la alianza DC- PN que iban unidas en la Confederación Democrática, en acusar constitucionalmente al presidente. La UP logró un 43,4 % de los votos, lo que demostró una fortaleza sorprendente, puesto que la situación en el país era de confrontación total. La sociedad estaba acosada por el sabotaje a la producción, por los atentados de Patria y Libertad, por la confrontación paramilitar en las calles, por el constante acoso de los medios de comunicación, por el boicot de los EE. UU. a la economía del país, por la inflación, entre otras cosas. Sin embargo, los trabajadores y sectores del pueblo siguen reafirmando su apoyo al gobierno y a los partidos de la Unidad Popular.

La izquierda parlamentaria, a pesar del buen resultado electoral, no tenía un plan para defender al gobierno y las conquistas alcanzadas. Desde marzo a septiembre el gobierno estaba sin iniciativa intentando una y otra vez llegar a un acuerdo con la DC. La izquierda insurreccional seguía prendada del poder popular, de activar el ‘polo revolucionario’, de transformarse en la vanguardia de la revolución chilena, pero sin avances significativos y con análisis desgastados. La izquierda dividida seguía jugando la partida sin saber qué rumbo tomar. De allí que al producirse la asonada militar dirigida por el teniente coronel Roberto Souper del 29 de junio las respuestas de la izquierda eran insuficientes y mostraban su desamparo.

Este ensayo de golpe militar fue importante para los sectores golpistas. Les permitió estudiar las respuestas de los propios militares, del gobierno, de la izquierda y del movimiento popular organizado en los cordones industriales y en las poblaciones de Santiago. La asonada fue sofocada durante el día por los propios militares al mando del general Carlos Prats y de Augusto Pinochet quien aguardaba agazapado su oportunidad. Allende llamó al pueblo a esperar sus órdenes y que se mantuvieran tranquilos y agregó ‘yo confié en las fuerzas armadas leales al gobierno’.

En los cordones industriales los trabajadores reaccionaron de manera efectiva. Por ejemplo, en Cerrillos, Vicuña Mackenna, San Joaquín, San

Bernardo, San Miguel, Quinta Normal, Barrancas, Lampa y en otras tantas localidades donde hubo consejos comunales campesinos organizados, sindicatos y coordinaciones territoriales, los trabajadores ocuparon las fábricas, cerraron los caminos, controlando así el territorio. También en Panguipulli ejercieron control territorial (Vidaurrázaga, 2011).

No obstante, por sí solos no podían controlar la situación militarmente, necesitaban a los militantes de la izquierda con preparación militar y armas, y además una coordinación con los militares que se oponían al golpe. Y ésta no se produjo.

5. La larga noche oscura que comienza el 11 de septiembre de 1973

El sábado 8 y domingo 9 de septiembre fueron días agitados para el presidente Salvador Allende, quien trabajaba con sus asesores. Tenía reuniones con diferentes personeros de gobierno y de los partidos de la Unidad Popular a quienes informa de sus planes de llamar a un plebiscito para dirimir la confrontación política. El PS se opuso al llamado a plebiscito; mientras que el PC aprobó la idea. Los dos partidos mayoritarios de la izquierda venían manifestando sus discrepancias desde fines del año 1971.

En esas reuniones todos están convencidos de que el golpe militar estaba *ad portas*. Tenían información privilegiada de que éste se producirá antes del 18 de septiembre. Lo que no sabían era si el conjunto de las fuerzas armadas iba a actuar como un solo cuerpo o si habría regimientos militares que se opusiesen. Todos estaban conscientes de que la única posibilidad de resistir un golpe militar era con el apoyo de unidades militares. Esa conciencia era más una ilusión que una realidad.

Allende también le informó al comandante en jefe del ejército Augusto Pinochet y el general Orlando Urbina de sus planes de convocar a un plebiscito. Pinochet ya estaba organizando el golpe militar, pero aparentando fidelidad, le trasmite al presidente que este llamado a plebiscito resolverá los conflictos con el Congreso Nacional. La noche del 10, Allende estaba reunido con sus más cercanos colaboradores: Augusto Olivares, Orlando Letelier, Carlos Briones y Joan Garcés. En un testimonio personal de Garcés éste afirma que Allende comentó “de algo podemos estar seguros, el golpe no será de la totalidad de las fuerzas armadas” (Amorós, 2013, p 487).

¿De dónde provenía la seguridad de Allende? Probablemente de la confianza que tenía en los comandantes en jefe: Augusto Pinochet, propuesto por Carlos Prats para que lo sucediera en el cargo de comandante en jefe del

ejército; del comandante en jefe de la marina Raúl Montero, suplantado el mismo día del golpe militar por José Toribio Merino promotor y organizador del golpe de estado. Allende también había nombrado comandante de la Fuerza Aérea a Gustavo Leigh, otro promotor y organizador del golpe.

Salvador Allende fue un constitucionalista. Se propuso efectuar la revolución chilena dentro de los marcos legales del Estado. Dos pilares fundamentales de esa política eran respetar las instituciones del Estado y realizar los cambios estructurales dentro del estado de derecho a través de las elecciones. En esa postura fue consecuente hasta los últimos días de su gobierno. De allí también el respeto al orden jerárquico de las fuerzas armadas. Su política militar fue confiar en los mandos; en el mito del apego de las fuerzas armadas a la constitución, lo que en ese entonces se denominó la 'doctrina Schneider'. Esto en alusión al comandante en jefe del Ejército René Schneider, asesinado en una emboscada en 1970 por grupos golpistas apoyados por la CIA.

Sin embargo, ni Allende ni la coalición gobernante de partidos de la Unidad Popular, ni tampoco los grandes partidos de obreros y trabajadores como el PC y el PS, tenían una política militar de defensa de las conquistas alcanzadas por los trabajadores y de defensa del gobierno popular. Todos estaban a merced de la lealtad de los altos mandos militares. El 11 de septiembre Salvador Allende tenía planeado hacer la presentación pública de su llamado a plebiscito para dirimir los conflictos con la Democracia Cristiana y ver qué 'rumbo iba a seguir el país', pensando en las elecciones presidenciales de 1976. Era su manera de enfrentar la crisis más aguda de su periodo de gobierno.

La derecha y la DC reagrupadas en la Confederación Democrática (CODE) habían desarrollado una estrategia combinada para desalojar a Allende de la sede de gobierno en la Moneda. Ante la imposibilidad de acusarlo constitucionalmente, al no obtener los dos tercios de los votos en la elección parlamentaria de marzo de ese año, procuraron acorralarlo y obligarlo a renunciar a su proyecto político o propiciar un golpe de estado. En las alocuciones de ese día del presidente se puede resumir el drama y la tragedia. Emitió cinco comunicados. El primero emitido a las 07.55 de la mañana, a través de la Radio Corporación, se dirige al país desde La Moneda:

[...] a los trabajadores a que ocupen sus puestos de trabajo, que concurran a sus fábricas, que mantengan calma y serenidad [...] Lo que deseo, esencialmente, es que los trabajadores estén atentos, vigilantes y que eviten provocaciones. Como

primera etapa, tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva de los soldados de la patria.

Hasta ese momento era una insurrección de la Marina la que se había movilizado ocupando la ciudad de Valparaíso. No está claro qué otras fuerzas militares estaban participando y Allende confiaba en que tropas del ejército se movilizasen para detener el intento golpista. Como en varias otras ocasiones, llamó a los trabajadores que mantengan la tranquilidad, los instó a que estuviesen atentos y que evitaran de igual modo las provocaciones. Lo hizo en la campaña electoral de 1958, en 1964, cuando fue elegido presidente en 1970 y para la asonada militar del 29 de junio de 1973. Fue una constante en su relación con los trabajadores y el mundo popular propiciar el paternalismo para protegerlos. Sin embargo, al mismo tiempo, dejándolos desarmados, sin ninguna garantía de que las fuerzas armadas no fueran a arrollarlos.

En Allende y en el PC existió la ilusión de que en sectores de las fuerzas armadas primara el respeto a la constitución y las leyes. Habían confiado en el general Carlos Prats, un constitucionalista que estaba dispuesto a respetar al gobierno, pero no a defender una revolución socialista que no era la suya ni su lucha. Como Prats, hubo otros generales constitucionalistas que fueron rápidamente desalojados o controlados por los golpistas esa misma noche en lo que llamaron la 'Operación silencio'. Así también fue el caso de Raúl Montero, comandante en jefe de la Marina arrestado y desplazado por José Toribio Merino, instigador y planificador del golpe militar.

Allende y el PC no quisieron escuchar a los marinos antigolpistas que denunciaron los preparativos del golpe en la Armada. Ellos sabían con certeza que era necesario actuar antes de que se iniciara el golpe. Éstos fueron detenidos antes del 11 de septiembre y torturados como le explica Carlos Altamirano a Gabriel Salazar (Salazar, 2011, p. 356-357).

A las 08.15, Allende emitió su segundo comunicado:

Las noticias que tenemos hasta estos instantes nos revelan la existencia de una insurrección de la Marina en la provincia de Valparaíso. He ordenado que las tropas del ejército se dirijan a Valparaíso para sofocar este intento golpista. Deben esperar las instrucciones que emanan de la Presidencia... Las fuerzas leales, respetando el juramento hecho a las autoridades, junto a los trabajadores organizados aplastarán el golpe fascista que amenaza a la patria.

En esta segunda alocución repite que los trabajadores deben esperar sus “instrucciones”, “sus informaciones”. Se estaba viendo a sí mismo como lo que siempre fue, un líder. Fue consciente de que él era la máxima figura de la coalición de izquierda. Les pidió a los trabajadores que confiaran en él; que todavía tenía un margen de maniobra. No era tal. Sin ninguna base afirma que “las fuerzas leales” con los trabajadores aplastarán el golpe. En este momento también reafirmaba su compromiso de defender la constitución al declarar que respetará la voluntad del pueblo de elegirlo hasta el 3 de noviembre de 1976. Que permanecerá en La Moneda defendiendo el gobierno. Que no renunciará. Éste es también un mensaje para las fuerzas golpistas.

Los comunicados se suceden uno tras otro esa mañana. Reflejan la situación angustiante en el palacio de gobierno. A esa hora ya todo el país está enterado de lo que está ocurriendo. Los trabajadores están en sus puestos de trabajo. Algunos de ellos organizándose internamente ante la eventualidad de que tengan que defenderse, sin armas. Los dirigentes y militantes de los partidos de izquierda están movilizados intentando en primer lugar conectarse a sus estructuras orgánicas. Algunos saben lo que deben hacer. La gran mayoría sumidos en una confusión escalofriante.

Allende se dirige al país nuevamente a las 08.45, ya con el convencimiento de que ha perdido la batalla, pero que no se rendirá:

Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: dejaré la Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera, defenderé esta revolución chilena y defenderé el Gobierno porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo. Si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta, seguirá el camino, con la diferencia quizás de que las cosas serán mucho más duras, mucho más violentas, porque será una lección objetiva muy clara para las masas de que esta gente no se detiene ante nada. Compañeros, permanezcan atentos a las informaciones en sus sitios de trabajo que el compañero presidente no abandonará a su pueblo ni su sitio de trabajo, permaneceré aquí en la Moneda inclusive a costa de mi propia vida.

En estas frases se puede resumir toda la trayectoria política de Salvador Allende. Un constitucionalista preclaro de lo que representa el palacio de gobierno como símbolo de la democracia. Un líder que siempre confió en

que las negociaciones políticas podrían conducir a un acuerdo con la DC. Un demócrata ejemplar. Un hombre consecuente con sus principios.

Ya está claro que no hay fuerzas militares leales, que el golpe es del conjunto de las fuerzas armadas. A esta hora de la mañana, por parte de un grupo socialista de 120 hombres armados dirigido por Arnoldo Camus, el compañero presidente ha recibido el ofrecimiento de ser rescatado y sacado de la Moneda. El mismo ofrecimiento recibe de parte del secretario general del MIR Miguel Enríquez, comunicado con la hija del presidente, Beatriz Allende, por teléfono (Amorós, 2014; Vidaurrázaga, 2021).

Estos ofrecimientos son para Allende totalmente impensables. No está en su experiencia como dirigente político abandonar la sede de gobierno, ni para asilarse, ni tampoco para parapetarse en alguna fábrica o población leal a las fuerzas de izquierda con el propósito de iniciar una confrontación militar. La vía armada nunca fue parte de su proyecto político. Está dispuesto a morir en la sede de gobierno.

Por otro lado, no existía ninguna posibilidad de rescatarlo militarmente. Era una ilusión. No había ningún grupo de izquierda que contara con los recursos y preparación militar suficientes para realizar una operación de ese tipo. Tampoco existía una logística y una infraestructura indispensable para proponerse un combate. La respuesta de Allende a Miguel Enríquez es “Ahora es tu turno. hagan lo que puedan” (Vidaurrázaga, p 245). En esa frase está resumida el drama y la tragedia de una izquierda dividida, fragmentada, sin posibilidades de actuar. La debacle se aproxima. Poco antes de las 09:00 llega el dirigente socialista Hernán del Canto, enviado por la comisión política a pedirle instrucciones. Allende irritado le responde: “Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde el comienzo cuál era mi deber” (Amorós, 2013, p 492).

La primera proclama de los golpistas la hace José Toribio Merino a las 08:00, luego se suceden rápidamente cinco bandos militares hasta las 08:30. Se inician conversaciones para ofrecerle a Allende una salida del país. Éste se niega rotundamente.

A las 09.03, por penúltima vez emite un nuevo comunicado:

En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen, pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen... En nombre

de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Ésta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten, pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

Allende envuelto en su propio laberinto institucional, no le queda más que constatar que está solo, con sus colaboradores más cercanos y su Guardia de Amigos Personales (GAP). No quiere que resulten más víctimas y les ha pedido a los carabineros de la guardia de palacio que abandonen el recinto.

La suerte está echada. Es evidente que no hay posibilidades de resistir el golpe militar. Dirigentes de los partidos de izquierda del PS, PC y MIR se reúnen en la fábrica Indumet para coordinarse. Lo que no se hizo en años no se puede hacer en horas. Llamativamente, el dirigente del PC que asiste a la reunión declara que ellos van a esperar a ver si los militares cierran el Congreso. Esa frase es significativa para reflejar la sublime ingenuidad de la izquierda parlamentaria. Es incomprensible si se atiende al carácter que había adquirido la confrontación de clases. A la segunda reunión de coordinación el PC no llegó (Vidaurrázaga, 2021, p 271).

09.10 de la mañana, Allende expresa sus últimas palabras con una serenidad y aplomo destacable. Todos los expertos señalan la calidad de las palabras de su último discurso:

Seguramente, ésta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las antenas de Radio Magallanes. Mis palabras no tienen amargura sino decepción. Que sean ellas un castigo moral para quienes han traicionado su juramento: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado comandante de la Armada, más el señor Mendoza, general rastreo que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, y que también se ha autodenominado director general de carabineros. Ante estos hechos sólo me cabe decir a los trabajadores: ¡No voy a renunciar!

Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad al pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada

definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará esperando con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo a ustedes, sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la Patria, a los profesionales patriotas que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios clasistas que defendieron también las ventajas de una sociedad capitalista. Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

A las 10:00 debe convencer a sus más cercanos colaboradores que abandonen la sede de gobierno. Entre ellos su hija Beatriz, embarazada, y su secretaria personal Miriam Contreras. Se acerca el final del drama y el comienzo de la tragedia para el pueblo de izquierda. En el barrio alto de Santiago, en las tradicionales familias conservadoras y en los grupos

golpistas se comienzan a abrir las botellas de champagne para celebrar la derrota del gobierno de la Unidad Popular y de la izquierda.

A las 11.30 se inicia el bombardeo de La Moneda. Envuelto en llamas y en una situación insostenible, el presidente les pide a sus leales colaboradores que abandonen el edificio. Él cumplirá su palabra de morir defendiendo la democracia en la sede de gobierno.

6. El testamento político

Las imágenes de Allende en la sede de gobierno de la Moneda ese día son históricas. En la más icónica, mientras el golpe militar estaba en marcha, acompañado de su guardia personal, Allende sale a la calle con un casco militar y la metralleta que le había regalado Fidel Castro. Son sus últimas horas en vida.

Su última alocución es su testamento político. La da por teléfono directamente al aire a radio Magallanes. Muchos analistas han destacado el aplomo, la capacidad de analizar la situación en esas terribles condiciones y circunstancias, su responsabilidad histórica, su gallardía controlada, su honor. La connotación que adquiere el esfuerzo por proteger a sus más cercanos, de convencer a las mujeres y sus allegados que abandonen la Moneda en medio del horror, la muerte, la desesperanza.

Nunca pensó en renunciar. Tampoco en abandonar la sede de gobierno. Allende fue un constitucionalista que hasta el último momento confió en que la crisis política podía resolverse por la vía institucional. Fue consecuente con su mandato político. Sus últimas palabras son dignas de analizar con la perspectiva histórica de los acontecimientos políticos que rodearon el golpe militar. Sobre todo, para sus partidarios y para los que intentan, a partir de una experiencia fracasada, levantar un nuevo horizonte de expectativas que sea capaz de superar la izquierda del siglo XX. Las últimas palabras de Allende reflejan su soledad. No se dirige a los partidos políticos de la Unidad Popular. Tampoco a sus dirigentes ni a sus militantes. Está decepcionado de que la izquierda no estuviera unida tras su liderazgo. Está particularmente desencantado de su propio partido socialista. De allí su irritación, cuando Hernán del Canto, emisario de la comisión política del Partido Socialista, llega a pedirle orientación.

Hijo de su época, como líder político, fue paternalista con el pueblo y con su muerte lo dejó inerme. Una y otra vez, frente a cada triunfo o derrota, frente a cada desafío de la reacción golpista, llamó a la calma, a que se cuidaran, a que se refugiaran en sus familias. Nunca confió en que

la fuerza del pueblo de izquierda organizado sería capaz de defender el proceso revolucionario. Se esforzó para que los trabajadores organizados y los generales de las fuerzas armadas se complementaran para proteger la democracia.

Allende no era un teórico de la revolución. Era un dirigente político con una larga experiencia de compromiso con los más desposeídos. Era un humanista laico. Un reformista con un programa revolucionario de cambios estructurales. Algunos líderes de países socialistas, como Zhou Enlai, estaban sorprendidos con la rapidez que fueron emprendidos los procesos de nacionalización de las riquezas naturales, estatización y redistribución de los recursos. Otros, como Fidel Castro en su visita a Chile, estaba preocupado de que la reacción les estuviera ganando a las capas medias.

Evidentemente, el programa de gobierno de la Unidad Popular provocaría una reacción que ni Allende, ni los partidos de la Unidad Popular, ni el conjunto de la izquierda chilena, comprenderían cabalmente en su profundidad. Los intentos de provocar cambios estructurales por la vía electoral y pacífica eran también el mayor peligro para el gobierno de los EE.UU. Si la 'vía chilena al socialismo' triunfaba se abrirían enormes posibilidades para el conjunto de la izquierda en los países occidentales de iniciar coaliciones políticas y proponer cambios similares. Un nuevo paradigma de tránsito pacífico al socialismo. El gobierno norteamericano encabezado por Richard Nixon, no podía permitir que esa posibilidad se reprodujera. Había que detenerla. De allí el boicot a la economía, el financiamiento de la CIA a la organización Patria y Libertad, el apoyo económico a toda la oposición en contra del gobierno, el apoyo económico al paro patronal de octubre de 1972. La planificación del golpe militar.

Allende, todavía imbuido de una tradición marxista, en su último discurso declara solemnemente: "Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos". Claro que los procesos sociales se pueden detener. No sólo por la fuerza de la reacción, sino también por la incapacidad o la debilidad de los que promueven cambios sociales radicales. No sólo él estaba equivocado, también el conjunto de la izquierda marxista leninista tributarios de las revoluciones socialistas. Allende sigue siendo optimista a pesar de la derrota. Quiere insuflar energía futura al declarar "que la historia es nuestra y la hacen los pueblos". Esta declaración se corresponde con la tradición histórica de la cuál Traverso hace la analogía de que la memoria histórica de la izquierda se alimenta de victorias y derrotas. Los líderes revolucionarios se destacan por esa convicción de que la historia les pertenece. Allende, defendiendo la democracia, entra en el panteón de esos héroes derrotados.

En la última parte de su llamado, Allende insiste en esta idea al declarar que “Superarán otros hombres este momento gris y amargo [...], mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”. Apela a la historia. Está convencido de que habrá nuevos intentos para superar la derrota. De que su sacrificio no será en vano. Abre una interrogante al señalar que “superarán otros hombres” la derrota. No su generación. Puesto que su gobierno fue la culminación de un proceso histórico que se inició en la década de los años 30, es probable que estuviera pensando en una nueva generación que no hubiera sido parte políticamente del proceso que él vivió. Una frase poética aventura un futuro de mayor esplendor.

Allende vislumbra un futuro influido por un concepto marxista de la historia. No se puede imaginar que su derrocamiento 16 años más tarde concluiría en 1989 con el derrumbe del muro de Berlín y en 1992 con la desaparición de la URSS y el así llamado campo socialista. Las utopías socialistas representadas en el socialismo realmente existente se derrumban. El futuro es una incógnita.

La herencia política de Allende es contradictoria. Encabezó un proceso revolucionario con la intención de promover el socialismo por la vía pacífica y democrática. Quedó al desnudo, como la mayoría de los partidos de la Unidad Popular, confiando en la constitucionalidad de las fuerzas armadas. No pudo impedir el golpe militar, pero tampoco los que promovían la revolución armada fueron capaces de organizar una resistencia militar. ¿Con qué memoria nos quedamos? Hay diferentes memorias políticas históricas. En algunos casos se recuerdan los hechos heroicos; en otros se victimizan a los derrotados. Los líderes que ofrendan su vida en nombre de causas justas ennoblecen su memoria, pero su rol histórico queda a media luz. La memoria histórica corre el riesgo de quedarse inerte en el pasado sin proyectarse al futuro. La única manera de salvarla y proyectarla es desarrollando una conciencia política crítica de esa memoria histórica.

Para esto debemos entender a los protagonistas en su contexto y como seres humanos con sus aciertos y errores. La melancolía que Traverso nos propone puede servirnos para proponer nuevas ideas motrices de acuerdo con los tiempos presentes:

Más que un régimen o una ideología, el objeto perdido puede ser la lucha por la emancipación como una experiencia histórica que merece recordarse y tenerse en cuenta a pesar de su frágil, precaria y efímera duración. Desde este punto de vista, la melancolía significa memoria y conciencia de las potencialidades

del pasado: una fidelidad a las promesas emancipatorias de la revolución, no a sus consecuencias (2019, p 76).

Traverso es crítico con las experiencias históricas del socialismo. De allí que plantee su fidelidad a la emancipación y no a sus consecuencias. Sin embargo, la postulación de Traverso contiene un desafío para las experiencias de la izquierda chilena: ¿Cómo avanzar hacia el futuro si no nos hacemos también cargo de las consecuencias de los fracasos?

Bibliografía

Amorós, M. (2013), *Allende. La biografía*. B Grupo Z. Santiago.

Amorós, M. (2014), *Miguel Enríquez. Un nombre en las estrellas*. B Grupo Zeta. Chile.

Bauman, Z. (2018), *Retrotopia*. Daidalos.

Corvalán, L. (2003), *El gobierno de Salvador Allende*. LOM. Santiago.

Furci, C. (1984, 2008), *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*. Ariadna,

Gaudichaud, F. (2022), Santiago de Chile 1970-1973: Movilizaciones obreras, cordones industriales y protestas urbanas durante la “vía chilena al socialismo”. En Bravo Vargas, V. & Pérez Silva C. (edit). *Huelgas, marchas y revueltas*. Fondo de Cultura Económica.

Magasich Airola, J. (2020), *Historia de la Unidad Popular. Tiempos de preparación: de los orígenes al 3 de septiembre de 1970*. Volumen I. LOM Ediciones. Santiago.

Magasich Airola, J. (2020), *Historia de la Unidad Popular. De la elección a la ascensión: los álgidos 60 días del 4 de septiembre al 3 de noviembre de 1970*. Volumen II. LOM Ediciones. Santiago.

Millán, G. (1979), *La ciudad*. Les Editions Culturelle Québec-Amérique latine.

Moulian, T. (1993), *La forja de las ilusiones. El sistema de partidos, 1932-1973*. Ediciones Akhilleus.

- Orrego, C. (1972), *La elección presidencial de 1970: aclarando responsabilidades y descubriendo estrategias*. Política y Espíritu, N 332. Mayo 1972.
- Quiroga P. (edición) (1989), *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)*. Critica/Las ideas. Santiago.
- Salazar, G. (2011), *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas*. Debate. Random House Mondadori. Chile
- Traverso, E. (2019), *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Galaxia Gutenberg. Edición digital.
- Verdugo, P. (2003), *Salvador Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte*. Editorial Ateneo. Buenos Aires.
- Vidaurrázaga Manríquez, I. (2021) *El MIR de Miguel. Crónicas de memoria*. Volumen 1, (2021a). Volumen 2, (2021b). Negro Editores.